

Ahora, veinte años más tarde de su partida, resulta perfectamente claro que este hombre excepcional no solo se mató -en un sentido figurativo muy cercano a la realidad- frente a una generación de sucrenses, cumpliendo con su deber en el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia durante medio siglo; sino que todos dejamos que lo hiciera. Le dimos el espacio, el tiempo y las condiciones para que lograra su propósito. Todos quienes lo rodearon: gobiernos, presidentes, prefectos y alcaldes, impresionados por el espectáculo insólito de un hombre que era capaz de ponerle el hombro a una empresa por tanto tiempo sin aflojar, conmovidos ante su constancia y admirados otros por su terquedad -como si se hubieran puesto de acuerdo en no interferir- dejaron que siguiera hasta cumplir su destino: el que había elegido y para el cual estaba hecho.

Y sin embargo, si alguien me preguntara si considero que mi padre fue uno de los grandes intelectuales de la segunda mitad del siglo XX en Bolivia, confieso que me costaría mucho responder, porque me es muy difícil recordar a mi padre como a un "intelectual". Tal vez se trata de una deformación en mi manera de entender el término "intelectual"; contrastándolo, quizás injustamente, con lo práctico, útil y concreto: porque mi padre era un hombre eminentemente práctico.

A pesar de estar embebido de su responsabilidad como director del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, y poseído del intenso furor historiográfico que lo acompañó toda la vida, jamás estuvo flotando en ninguna estratosfera intelectual, fuera del contacto con la realidad. En las condiciones paupérrimas en las que recibió la institución en 1944, sólo alguien que la concibiera también como un taller práctico de sobrevivencia habría podido sacarla adelante. Para él, que siempre estaba haciendo cosas con las manos, fue natural solucionar de manera práctica los problemas tan básicos que en esa época enfrentaba la institución. Así hacía revolver los sobres de papel manila en los que llegaba la correspondencia para poder cumplir con el canje internacional de publicaciones; o reentintar, una y otra vez, las sufridas cintas de las máquinas de escribir para prolongarles la vida. De esa manera, aprendió, codo a codo con los subalternos, por ensayo y error, los secretos del desaparecido arte de la encuadernación, y la transformación de cajas de zapatos en tarjeteros donde iba coleccionando,

durante décadas, miles y miles de fichas que dieron origen a las guías que actualmente facilitan la labor de los investigadores y enorgullecen al Archivo y la Biblioteca Nacionales de Bolivia.

Artesano de la cultura, como se autodefinía, su presencia irradiaba sencillez. Iba por todas partes de chompita, y cuentan que más de una vez, algún investigador desorientado se dirigió a él como si fuera el conserje de la institución. Igualmente, práctica y sencilla fue su actitud hacia la historiografía. Según Gunnar Mendoza, aclarar el pasado, como un pasatiempo intelectual, sin que eso ayude a entender lo que estamos viviendo y a mejorarlo en el futuro, no servía. Pero eso no significaba improvisar, y por eso, todo lo que escribió tiene marcado el sello de una estricta rigurosidad metodológica y una insobornable autenticidad historiográfica. Lo que hizo, como todo buen artesano que se respeta a sí mismo, siempre fue lo mejor que pudo producir.

Una notable capacidad de sorprenderse con lo nuevo y deleitarse con lo diferente -que todos recibimos al nacer, pero que en la mayoría la vida misma se encarga de desgastar con el uso- a él le duró hasta el final. Eso le otorgaba cierto aire de ingenuidad, algo de niño que desarmaba e inspiraba ternura. Sin duda, esa profunda e irreprimible curiosidad que guardó incorruptible por medio siglo, nacería en él junto con esa "célula primordial del oficio", en las palabras de Gabriel René Moreno, que impulsa a los historiadores verdaderos a resolver algún misterio del pasado, aunque les tome la vida; y a los archivistas de vocación a ir por el mundo entendiendo el valor de los papeles viejos, o de cualquier cosa, por insignificante que sea, que pueda decirles a los que vengan cómo fuimos.

Ahora, veinte años después de su partida y en el centenario de su nacimiento, el sentimiento de abandono que invade a cualquier hijo cuando pierde a su padre, crece hasta convertirse en una sensación de desamparo generacional, al darnos cuenta de que ya no tenemos aquel hombre con su antigua experiencia y su chompa artesanal, para guiarnos a través de tantas cosas que no llegó a conocer y que nosotros tenemos que vivir: el nuevo milenio, las computadoras, el internet y los cambios que estamos viendo en nuestro país.

La Paz (Pampahasi), julio 2014

HOMENAJE

Don Gunnar¹

Ramiro Barrenechea Zambrana*

Hago extraordinarios esfuerzos para no manchar el tapete con el caldo de dioses volcánicos que emerge de esta gordita empanada con jigote de carne, huevo duro, aceitunas, pasas de uva, arvejas y papas cortadas en pequeños cubitos, apiñado manjar bañado en jugo de ají de Padilla, dulcepicante.

"Use la cucharilla. -Me enseña el maestro-. Para hornear la otra, mire: agítela suavemente, de modo que el caldo se distribuya por todo el interior de la empanada y no estalle al primer mordisco. Vierta cuidadosamente el líquido en la cucharilla y listo". Lo hago y albricias ya soy un experto.

Es un ambiente sobrio y elegante. Típica sala sucrense. Muebles de roble y caoba. Esquineros que sostienen fotografías familiares. Un gran cuadro con el rostro cetrino e inquisidor que aparenta dureza pero destella una dulzura noble de patriarca. "Es mi padre, Jaime Mendoza", dice el anfitrión.

Yo estoy como en un templo. No me animo a realizar algún comentario. Escucho. El sabio me habla como si fuera un viejo amigo.

"Aquí está mi hijo. Se lo encomiendo. Será un discípulo aplicado. Necesita alguien casi tan joven como él, para discurrir sin inhibiciones por la vida espiritual sin despreciar la materia. Y quién mejor que un poeta como usted".

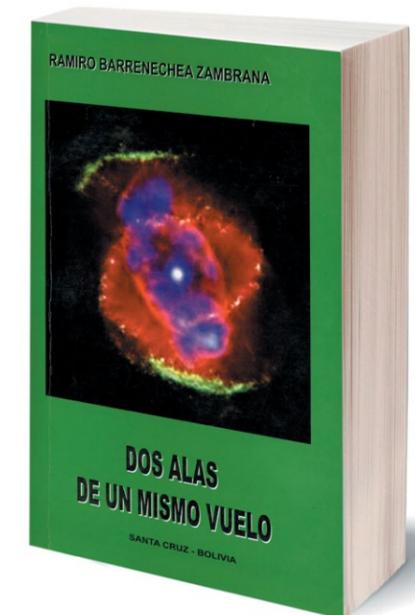
Luego me dirá que el próximo domingo visitaremos al doctor Solares, Rector de la Universidad [San Francisco Xavier] que me tiene reservado un puesto en la Biblioteca de la benemérita Alma Mater. "Así podrá continuar sus estudios de abogacía", me dice. "Pero, además ya hemos conseguido que le nombre Director del semanario Junín que dejó de publicarse por falta de un mantenedor con agallas".

"Si deja el SNEM, quédese en Sucre, tiene futuro y le necesitamos".

Quien habla así es uno de los talentos más sólidos de Bolivia. Organizador del Archivo y Biblioteca Nacional, Don Gunnar Mendoza Loza.

Desde que llegué a Sucre, con mis diez y ocho años que los convertí en 22 para poder ingresar al Servicio Nacional de Erradicación de la Malaria, como Entomólogo, una profesión que me inventó sin título, a la falta de especialistas en la materia, huzmeando en las librerías, por el *tantakatu* que había en la calle del mercado, muy cerca de la tendezuela en que "Las Bajos" vendían los mejores chorizos del mundo, antes de trasladarse al enorme local que ahora tienen sus descendientes, consigo folletos y libros, que sólo en Sucre circulan.

He leído con fruición la historia de Francisco Ríos, el "Quitacapas", una suerte de Robin Hood; igualmente un precioso folleto con documentos originales de la Guerra entre Vicuñas y Vascongados. Ambos trabajos de Gunnar Mendoza, con documentos descubiertos en el Archivo, orde-



* Poeta, abogado, fue docente de la Carrera de Bibliotecología y Ciencias de la Información de la UMSA, ex diputado nacional.

nados y clasificados por manos expertas, pero con sendos estudios preliminares profundos y escritos con un estilo que las mejores plumas del ensayo no lo superan.

Él me obsequió un ejemplar del *Diario* del Tambor Vargas. Un documento trunco que más de un decenio después completado con el fragmento que faltaba, gracias a la dedicación de Gunnar. Una preciosa edición mejicana de Siglo XXI difundió internacionalmente el *Diario de un comandante de la Independencia*, pues el Tambor Mayor había llegado a Comandante al final de su azarosa carrera en la republiquetá de Ayopaya, la única que jamás fue vencida por los ejércitos del Rey de España. Por su ubicación estratégica que le permitía desplazarse a Cochabamba, Potosí, Oruro, La Paz y Santa Cruz, por caminos secretos que la colonia nunca descubrió y por la valentía de los combatientes.

En ese testimonio de un protagonista de la gesta, conocí la historia dura y frugal, pero intensa y romántica de Eusebio Lira, de Chinchilla y de José Miguel Lanza.

Transité por los desfiladeros y por la raya blanca trazada por la montaña (así describe los caminos el autor del *Diario*), por Mohoza y Tapacarí, donde iría una vez que, como Ministro de Trabajo, visité la mina de Kami.

La sangre, el heroísmo, la crueldad y la traición, la ternura de las rabonas y su filiación libertaria. En fin.

En la Biblioteca y Archivo Nacional tenía, por orden del Director, acceso a todos los fondos documentales y bibliográficos, aun a los prohibidos para el público. Tenía un cubil en que había un escritorio, sobre el que figuraba mi nombre como Investigador.

Hinchado el pecho de orgullo, trabajaba en el Archivo, en mis horas libres, cuando no estaba en mis aventuras de explorador por los confines de la zona malárica de Chuquisaca, Tarija y Santa Cruz.

Realicé una recopilación de folletos cochabambinos del siglo XIX, para la que escribí un estudio preliminar tratando de imitar al maestro Mendoza. Benito Moxó y Francolí; polémicas judiciales y religiosas; Nataniel Aguirre, y su proyecto federal, etc. También busqué, en el siglo siguiente, rescatar el flamígero combate entre Adela Zamudio y Monseñor Pierini.

Luego inicié un estudio de la esclavitud africana en la colonia, que no logré completar, aunque me interesó, como subproducto, la historia de un esclavo que siendo comprado por un cura, fue parte de la masa hereditaria del mismo, junto a un par de libros, una cama de bronce, una bacinica de fierro enlozada y otras chucherías más. Separado de mujer e hijos por la venta de la herencia, fue a parar a las minas, lo que era una condena a muerte, ya que no solo por

ser criado de casa, sino por provenir de la selva africana, en la montaña fría moriría como muchos de sus compañeros. Ahí quedó la historia. Confieso que me dejó conmovido por su desgracia.

Sin embargo, casi diez años después, encontré datos del mismo esclavo, en el Archivo de la Corte Superior de Justicia de Oruro, donde pude constatar que compró su libertad y de su familia, por haber encontrado un “tapado” en la casa de su amo, comerciante en las minas de plata.

No sé dónde estarán esos escritos.

Conocí a don Gunnar cuando, con la decisión de hombre de letras prematuro, se me ocurrió publicar a mis expensas un *Boletín Cultural del Ateneo Juvenil ‘José Antonio Arze’*, fundado en Cochabamba, por José Roberto Arze. Yo me autonombré corresponsal del Ateneo en Sucre.

Disimulando el temblor de mis rodillas, le entregué en sus oficinas una hoja de papel con preguntas de periodista principiante. Una de ellas: cuáles eran, a su juicio, las diez obras fundamentales de la literatura mundial y las diez de la nacional.

Me pidió algo de tiempo. Dos semanas.

Volví y en copia escrupulosamente elaborada, me entregó un documento de quince páginas, con opiniones serias que apabullan al improvisado reportero.

Confieso que me asombró que me tomara en serio un personaje de esa talla. Pero la humildad solo es virtud de sabios.

Decía entre otras cosas, algo así: Los jóvenes deben recibir el apoyo entusiasta de sus mayores para tener una guía de la experiencia anterior que les permita recorrer un camino más largo en menos tiempo y quizá llegar a la cima que los que le precedieron no pudieron por falta de estímulo.

Por él guí mis lecturas: Casa Grande y Sensala, de Gilberto Freyre; Ulises, de Joyce; Bajo la rueda, de Thomas Mann; Tirano Banderas, de Valle Inclán. En fin, deliciosas aventuras del pensamiento.

La entrevista se publicó en dos números sucesivos del *Boletín*. Ignacio, el hijo que me entregó el Maestro como discípulo, distribuyó con entusiasmo el *Boletín* en la Universidad, en la Plaza, en el Mercado. Un colegial talentoso, al que gustó mi poesía lírica que era una especie de secreto que compartí con él. Ahora es uno de los más notables intelectuales y hombres públicos de Sucre, no porque haya sido mi discípulo ya que yo me fui a Cochabamba a continuar mi vida y lo vi mucho después ya hombre hecho y derecho.

“Debe usted quedarse en Sucre. Tiene futuro y nosotros le necesitamos”. Todavía resuenan en mis oídos las palabras del Maestro.

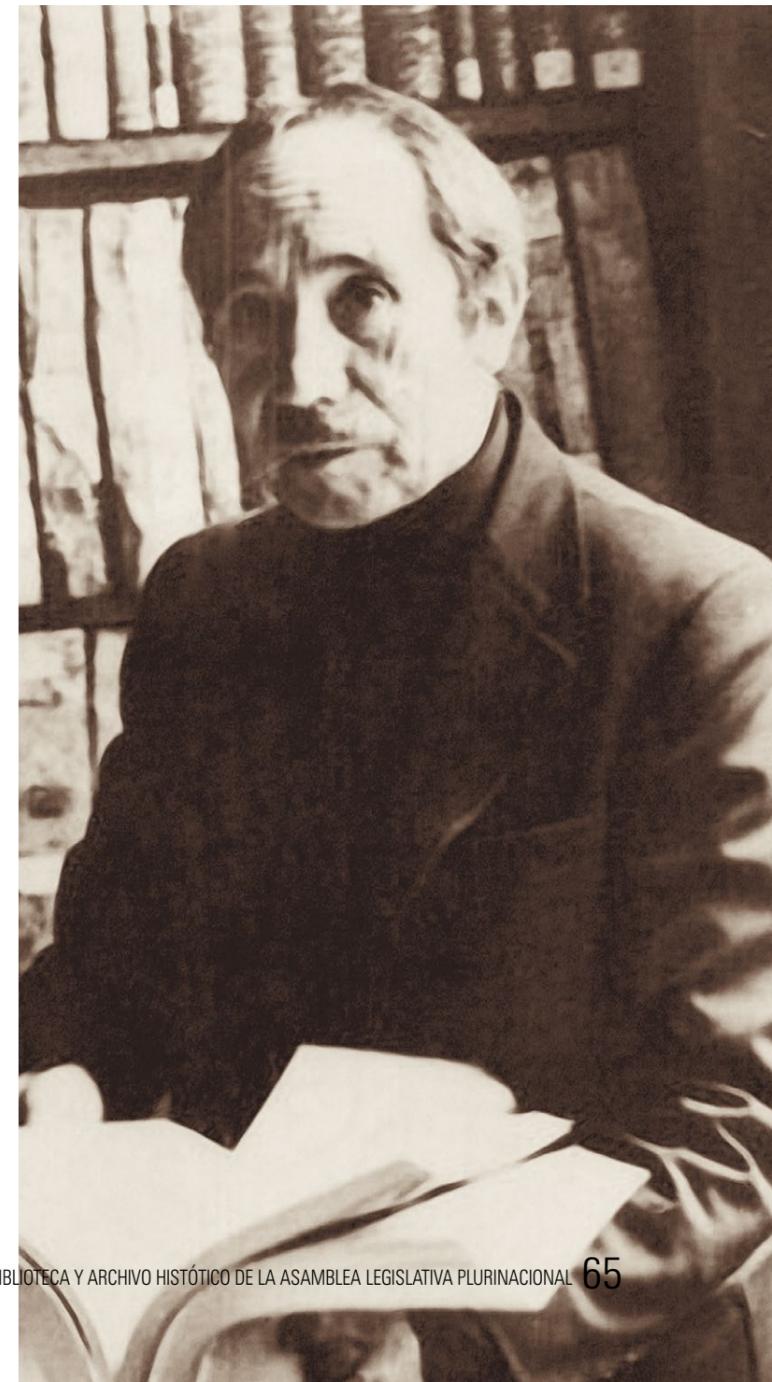
HOMENAJE

Gunnar Mendoza, mentor, inspiration, and amauta (A Brief Testimonial)

Brooke Larson*

Long before I stepped foot in the Andes in 1971, the scholarly reputation -indeed, the aura- of Dr. Gunnar Mendoza had spread far and wide. He was already revered by a young generation of Andeanists being trained in graduate programs in New York, London, Paris, Buenos Aires, and other far-flung places. There was, of course, Mendoza's prodigious scholarship, but it was his achievements as an active researcher-cum-archivist that stand out. Among many other accomplishments, Mendoza's *obra* helped to forge an interdisciplinary generation of historians, ethnohistorians, and anthropologists all of whom went to Sucre in search of indigenous tracings in the archive's precious holdings.

Like pilgrims making seasonal treks to their favorite shrine, Andeanists hailing from cities far and near made the journey to Sucre (which, in those days, was more difficult to reach, even by plane). There, they worked under the patient guidance of Mendoza in a rich variety of documentary collections, the most famous being “*Tierras e Indios*”. Ascending the sloping wooden steps of the Archive's colonial dwelling and catching a glimpse of *el director*, seated in a straight-back chair at his wooden desk next to a tall window in the front room; then registering as a foreign *investigadora*; and finally sinking into a thick *le-gajo* of documents for several blissful hours, until my frozen fingers could no longer turn the pages (for, by afternoon, the sun no longer warmed the Archive's back rooms) all these prosaic experiences were part of the awe-inspiring initiation of a season of research. On my first trip to the Archive in 1971, that ritual marked my own



* Stony Brook University (E.E.U.U.)

Nota

Publicado en: Ramiro Barrenechea Zambrana. Dos alas de un mismo vuelo. Seg. ed. Santa Cruz: Impreso en Copy Bol-Gral, 2012. p. 223-226.